

A pesar de esto, la reina Hortensia, y sobre todo sus hijos, estaban profundamente apesadumbrados.

En el mes de octubre, la Cámara de diputados examinó muchas peticiones que se le dirigieron para que interviniese en el traslado de las cenizas de Napoleón al pie de la columna de Vendome. Aprobado este traslado, el príncipe de Joinville pasó á la isla de Santa Elena con dos buques de guerra y trasladó á Francia el cadáver casi intacto del emperador, á bordo de la fragata la *Belle-Poule*. El féretro fué desembarcado en Courbevoie el 14 de diciembre y depositado en un enorme y magnífico carro fúnebre que era todo un monumento de cincuenta pies de altura, tirado por diez y seis caballos soberbiamente caparazonados. En este carro hizo su entrada en París por el Arco de Triunfo de la Estrella á los estampidos de las salvas de artillería y entre las delirantes aclamaciones de una muchedumbre inmensa que había acudido de muchas leguas á la redonda á presenciar la ceremonia. El cadáver de Napoleón fué depositado en la iglesia de los Inválidos. Por entonces Víctor Hugo escribía su oda á la Columna: el eco de sus ditirambos apasionados llegó á oídos de los hijos de la reina Hortensia y los estremeció en el fondo de su destierro. Fanatizados por su culto á la memoria de su tío, exaltados por la lectura de *Victorias y Conquistas*, por el *Memorial de Santa Elena* y por todas las narraciones de la época imperial, ávidos de acción y de emociones, se creían nacidos para emprender arriesgadas aventuras, para la guerra, para la gloria, para la emancipación de las naciones civilizadas; se dejaban arrastrar del ardor de su juventud y de la ambición de figurar. Desesperando de poder presentarse todavía en Francia, iban á probar de hacer algo en Italia.

VIII

EL MOVIMIENTO ITALIANO

El movimiento italiano de 1831 tuvo por origen la revolución francesa de 1830. Un soplo de liberalismo agitaba los ánimos á uno y otro lado de los Alpes, y las nacionalidades, oprimidas por los tratados de 1815, aspiraban á libertarse. Los dos hijos de Luis Bonaparte consideraron la Italia como un campo maravilloso abierto á su actividad; iban á meterse en él de cabeza, á correr aventuras que se avenían con su imaginación ardiente y novelesca.

Fernando Giraudeau lo ha hecho notar así. «Para comprender tan temeraria empresa, semejante arranque de entusiasmo irreflexivo, es menester trasladarse á aquella época tan diferente de la nuestra. ¡Ah, sí! Gambetta tenía razón en decir: «Los tiempos heroicos han pasado.» Pero en 1830 todavía eran los hermosos días de estos tiempos. Entonces los jóvenes, menos razonables, menos prácticos que hoy, se apasionaban por las naciones más ó menos oprimidas; éstos por la Grecia, adonde habían acudido muchos franceses, adonde había ido á morir Pablo Bonaparte, segundo hijo de Luciano; aquéllos por Polonia; otros, en fin, por Italia, donde muchos de nuestros compatriotas habían arriesgado su vida.» Los dos hijos del ex rey de Holanda se consideraban italianos casi tanto como franceses. ¿Acazo no era su familia de origen italiano y su tío no había sido á la vez emperador de los franceses y rey de Italia?

Lo que los dos príncipes deseaban no era la supresión del poder pontificio, sino su transformación en un régimen liberal análogo al que Pío IX debía ensayar algunos años después. Su objetivo era un papado reformador y antiaustriaco que se pusiera á la cabeza de las ideas de emancipación. Tal era también el ideal de la reina Hortensia, que escribía en 1831: «Si el Papa fuera capaz de hacer concesiones convenientes, mañana sería jefe de toda Italia. Quizás dictara aún leyes á Europa y devolviera á la religión, aliada á la libertad, el esplendor que tuvo en otro tiempo.»

Por otra parte, debe recordarse que el partido revolucionario no era el único que consideraba necesarias las reformas en los Estados pontificios, sino que Luis Felipe y su gobierno eran también de este parecer. Las instrucciones que el 6 de marzo de 1831 dirigió el general Sebastiani, ministro de Negocios extranjeros, al conde de Sainte-Aulaire, embajador de Francia en Roma, contenían el párrafo siguiente: «Por espacio de cerca de veinte años, las Legaciones, sustraídas á la au-

toridad pontificia, estuvieron sometidas á un gobierno fundado sobre las grandes bases de la civilización moderna, y la prosperidad pública y la instrucción hicieron allí rápidos progresos. El Congreso de Viena las volvió á poner bajo la dominación romana. Una política ilustrada hubiera tenido en cuenta la situación en que se habían encontrado por espacio de tanto tiempo, y mediante una prudente administración, les habría concedido instituciones parecidas en lo posible á las que acababan de perder. Pero muy lejos de esto, ni siquiera se les devolvieron los privilegios de que habían disfrutado hasta 1797. No tardaron en hacerse sentir los funestos efectos de semejante error. Contenidos hasta cierto punto mientras el cardenal Consalvi empuñó con mano firme las riendas del Estado, estallaron bajo la administración débil de su sucesor. La miseria, el descontento universal, agregados á los trabajos de las sociedades secretas, engendraron conspiraciones y turbulencias. Una policía inepta é inquisitorial, encarcelamientos arbitrarios, procesos continuos é ineficaces, tal fué el espectáculo que las Legaciones presentaron por espacio de muchos años, no siendo inoportuno recordar que en las instrucciones dadas en 1828 por el gobierno francés á M. de Chateaubriand, se indicaba ya en términos enérgicos los peligros de tan funesto sistema.»

La menor chispa bastaba para producir un incendio en un terreno así preparado, y ya existía gran efervescencia en los ánimos, en estado latente, cuando la reina Hortensia abandonó el castillo de Arenenberg en el mes de octubre de 1830, con su segundo hijo Luis Napoleón, para trasladarse á Roma; pero se detuvo en Florencia, donde pasó quince días. No encontró aquí á su marido, que estaba en Roma con la emperatriz madre, pero halló á su hijo mayor, Napoleón, nacido el 17 de octubre de 1804 y casado con su prima hermana la princesa Carlota Bonaparte, segunda hija del rey de España, José. El príncipe Napoleón había cumplido veintisiete años: su madre ha hecho de él el retrato siguiente: «Era muy guapo y bueno, lleno de inteligencia, de ardor y de la necesidad de invertir sus facultades en el bienestar ajeno.... Había adoptado estas máximas: que se debe ser hombre antes que príncipe; que la elevación del rango no es otra cosa sino una obligación más para con sus semejantes, y que la desgracia noblemente soportada realza todas nuestras buenas cualidades. Las desgracias sin número habían sido la mejor de las lecciones. Así, sin prejuicios, sin echar de menos las ventajas que debía á su nacimiento, aspirando solamente al honor de ser útil á la humanidad, era republicano por carácter, no daba importancia alguna á las prerrogativas que había perdido, y se creía en el deber de prestar su auxilio á todos cuantos padecían.» Este príncipe vivía en Florencia con su padre, de quien era el consuelo, y muy amante de su joven esposa, llevaba una existencia tranquila, ocupándose de industria, puesto que no tenía el derecho de ocuparse de política. Él y su hermano no se consideraban nunca tan dichosos como cuando estaban juntos.

La reina Hortensia y el príncipe Luis partieron de Florencia para Roma



Luis Felipe I de Orleáns, rey de los franceses

el 15 de noviembre de 1830. Su hijo mayor los acompañó á caballo hasta la segunda parada de postas: estaba radiante de alegría y salud. Pero dejemos la palabra á su madre: «Aquel corazón tan sencillo, tan noble, tan tierno, debía latir muy poco tiempo para la dicha de la humanidad. Le abracé muchas veces, pues me costaba trabajo separarme de él; me daban miedo todos los acontecimientos, pero estaba muy lejos de imaginar el más funesto de todos.

»Al llegar á Bolzena, supe por un correo que mi marido había debido pernoctar en Viterbo. Mi hijo Luis quiso salir al encuentro de su padre en un caballo de posta y pasar algunas horas con él. Nuestros carruajes se encontraron al mediodía; me devolvió á mi hijo y me hizo presentes sus temores sobre las ideas políticas que sus hijos manifestaban, y su deseo de que permaneciesen alejados de todo acontecimiento. En su alarmado cariño hubiera querido, como yo, guardarle también para sí solo; y no consintió en devolverme á su hijo Luis sino con la condición de que yo se lo enviaría uno ó dos meses antes de mi paso por Florencia.»

La reina Hortensia estaba hacía algunos días en Roma con Luis Napoleón cuando murió el papa Pío VII el 30 de noviembre de 1830. «Era amado y respetado, ha dicho aquélla; si hubiese vivido, probablemente no se habría alterado la tranquilidad. El interregno pareció por un momento favorable á una juventud llena de ardor para sacudir el yugo de un gobierno que no ofrecía ningún objetivo á su actividad, puesto que en Roma le estaba vedado emprender cualquier carrera, excepto la eclesiástica.» Durante este interregno, el cardenal Fesch supo que el gobierno deseaba que el príncipe Luis Napoleón se alejase de Roma, y como el cardenal preguntara qué razones había para semejante medida, no pudieron darle otra sino la de que un joven del apellido Bonaparte, que ponía á su caballo un caparazón tricolor, llamaba demasiado la atención y podía ser peligroso para el gobierno en caso de algún disturbio. Cincuenta polizontes rodearon el palacio en que vivía el príncipe y le condujeron á la frontera.

Desde aquel momento la reina Hortensia presintió que sus hijos iban á mezclarse en el movimiento italiano. El 8 de enero les escribió desde Roma para disuadirles, explicando en su carta los motivos que imposibilitaban el triunfo. «Italia, decía, no puede nada sin Francia; por lo cual debe esperar con paciencia que Francia haya desenmarañado antes sus propias complicaciones. Cualquier imprudencia sería perjudicial para las dos causas, porque un levantamiento sin resultado aniquila por mucho tiempo las fuerzas y los hombres de un partido para realzar al otro á su costa; y se desprecia al caído.» Los dos príncipes contestaron que aprobaban las observaciones de su madre, y la reina quedó tranquila algún tiempo.

Entretanto, el cardenal Capellari era elegido papa el 2 de febrero de 1831 y tomaba el nombre de Gregorio XVI. Tres días después estallaba la insurrección en Boloña: propagóse rápidamente, y como la reina Hortensia no tuviera noti-

cias de sus hijos, empezó á abrigar serios temores de que se hubieran unido á los insurrectos. Salió de Roma muy alarmada y se trasladó precipitadamente á Florencia.

«Hasta en la misma puerta de la ciudad, ha escrito, esperaba ver llegar á caballo, como de costumbre, á mis hijos saliendo á mi encuentro; pero en vano.



Retrato de Gregorio XVI

Llegó á la fonda y con trabajo puedo apearne del carruaje, pues me temblaban las piernas. Pregunto por ellos y nadie sabe qué decirme, pues los creían con su padre. Aún no he perdido toda esperanza. M. de Bressieux corre á casa de mi marido: este momento de incertidumbre es horroroso: vuelve por fin, pero para darme el golpe más cruel. ¡Habían partido!»

Al poco rato, un criado que Luis Napoleón había dejado en Florencia entregó una carta de éste á su madre. «Vuestro afecto nos comprenderá, decía el príncipe; hemos contraído compromisos y no podemos faltar á ellos; el nombre que llevamos nos obliga á socorrer á los pueblos desgraciados que nos llaman. Haced que mi cuñada crea que yo he arrastrado á su marido á esta empresa, pues el pobre está disgustado por haberle ocultado una acción de su vida.»

Menotti, el patriota modenés que después de la derrota de la insurrección debía morir en el cadalso, había ido á Florencia á decir á los dos hijos de Luis

Bonaparte: «La Italia os necesita,» y ambos príncipes habían respondido á este llamamiento. Su padre, su madre, su tío Jerónimo iban á apelar á todos los medios para decidirlos á volver, pero era ya demasiado tarde. Los dos jóvenes consideraban empeñado su honor, y cuanto más peligrosa parecía la empresa, más los seducía.

IX

LA INSURRECCIÓN DE LA ROMANÍA

Tres días después de la elección de Gregorio XVI, estalló en las Romanías la sublevación calificada de constitucional. El 5 de febrero de 1831 se enarboló en Bolonia la bandera del antiguo reino de Italia, encarnada, blanca y verde, y se constituyó en dicha ciudad un gobierno provisional, compuesto de individuos preeminentes de la nobleza, entre los cuales figuraban el conde Marescalchi y el conde Pépoli, deudos de la familia Bonaparte. Las tropas pontificias han evacuado la ciudad sin hacer ninguna resistencia: el prolegado, monseñor Clavelli, se ha retirado á Florencia. El mismo día el prolegado en Forli, monseñor Gazoli, publica una alocución en la cual anuncia que, cediendo al deseo unánime de la población y queriendo evitar grandes desórdenes, ha resuelto entregar las riendas del gobierno á una comisión compuesta del gonfalonero y de sesenta personas. En Ravena, el prolegado monseñor Zacchini, joven prelado de reconocido mérito, reúne el 6 de febrero á las personas notables de la población y forma él mismo una comisión provisional de gobierno. El mismo día se ostenta en Rímimi la escarapela de los tres colores italianos. El gobierno pontificio no toma ninguna medida para contener los progresos de la insurrección.

El marqués de La Tour Maubourg, embajador de Francia en Roma, escribe el 12 de febrero al ministro de Negocios extranjeros de Luis Felipe: «El espíritu de insurrección se propaga rápidamente por los Estados del Papa. La provincia de Urbino y la de Pésaro han constituido su gobierno provisional. Las nuevas autoridades se han apresurado á proclamar respeto á la religión, al clero, á las personas y á las propiedades; abolición del impuesto sobre la molienda; reforma de la legislación.» Y en otro despacho, fechado el 15 de febrero, añade: «No veo de qué medios puede valerse la Santa Sede para restablecer su dominio sobre las provincias que acaba de perder. Carece de fuerzas, y no puede intentar la conciliación sin adoptar el partido de acceder á las demandas del pueblo. No hay que confiar en verle abrazar este sistema, y hay que convenir en que media en cierto modo incompatibilidad entre la forma del gobierno teocrático tal cual existe en Roma y las instituciones que sin duda reclamarán los insurrectos. El poder y todos los empleos por medio de los cuales se ejerce están en manos de los príncipes de la Iglesia; el Consejo supremo está compuesto de cardenales; los gobernadores de las capitales y de las principales ciudades son

prelados, como lo es el mismo ministro de la Guerra. Semejantes elementos no pueden subsistir al establecerse un gobierno en el que hubiera un asomo de libertad. Introducir algunas mudanzas adaptadas al siglo, por débiles y escasas que fuesen, equivaldría á preparar la ruina del edificio, así es que ni siquiera se piensa en ellas, ni se imagina nadie que el Sumo Pontífice pueda ejercer su autoridad de otro modo que por mediación de individuos del clero. No pudiendo apelar á la fuerza ni queriendo ceder en nada, ¿qué medios le quedan á la Santa Sede para recobrar sus provincias? Ninguno, como no sea el apoyo del Austria.»

Los dos hijos de Luis Bonaparte han salido de Florencia sin saberlo su padre y se han alistado bajo la bandera italiana. Los constitucionales — nombre que se daban los insurrectos — se envanecen de contar en sus filas á dos sobrinos del emperador Napoleón y les dispensan una acogida entusiasta. El príncipe Luis escribe á la reina Hortensia el 12 de febrero: «Querida mamá: Estamos contentísimos de encontrarnos entre gentes que nos tratan con la mayor afabilidad y que están ebrias de patriotismo.... Enviadnos todo el dinero que podáis; ahora no es ocasión de pensar en economías. Creo, querida mamá, que no pasaréis pena por nosotros, y que procuraréis aplacar á papá, que debe estar muy enfadado.» El príncipe Napoleón añadió estas líneas á la carta de su hermano: «Querida mamá: No estéis intranquila por nosotros; nos encontramos muy bien y en seguridad. Estaría muy contento si no me entristeciera mi separación de Carlota, la primera y probablemente la última. Lo que me consuela es que esto no durará mucho.»

Los dos príncipes estaban llenos de ilusión, y sobre todo el futuro Napoleón III experimentaba una especie de embriaguez. El 26 de febrero escribía á su madre: «Por primera vez echo de ver que vivo; antes no hacía más que vegetar. Nuestra posición es de las más hermosas y dignas. El entusiasmo es muy grande. Nuestro único pesar es haberos disgustado....» El sueño iba á tener un cruel despertamiento.

La resolución tomada por los dos hermanos había consternado á la familia Bonaparte. Su padre, acostumbrado á su sumisión absoluta, no concebía que los hubieran arrastrado á desobedecerle. Les enviaba carta tras carta, orden tras orden para que volvieran sin tardanza. Su tío Jerónimo, el ex rey de Westfalia, les dirigió reconveniones aún más enérgicas, y en una carta fechada en Roma el 25 de febrero les decía: «Queridos sobrinos: he sabido con verdadero disgusto que olvidando vuestra posición y la de vuestra familia, os habéis dejado arrastrar á la insurrección. ¿Qué diría el emperador si pudiera ver á sus sobrinos, destinados á ser algún día el sostén de su dinastía, pagando el asilo que el Padre Santo concede á toda su familia del modo que lo hacéis, es decir, empuñando las armas contra ese mismo soberano? Pensad, queridos sobrinos, en el disgusto, en la aflicción de vuestro padre, de vuestra madre, de vuestra respetable abuela, si persistís en una actitud á la que os habéis dejado llevar en un momento de entusiasmo, pero que la razón tanto como la política os aconsejan abandonar.

Os excito, pues, á que no desoigáis la voz de un viejo soldado, de un tío que quiere tanto como á sus propios hijos y que nunca os aconsejaría una determinación contraria al honor y á vuestra dignidad de hombres.»

El barón Stœlting, antiguo oficial adscrito al servicio del rey Jerónimo, fué quien llevó esta carta á los dos príncipes, á quienes encontró rodeados de toda la juventud de las ciudades y campos que les obedecía, y estaban organizando la defensa desde Foligno hasta Civita-Castellana con la esperanza de apoderarse de esta última ciudad, poner en libertad á los presos políticos encerrados en los calabozos hacía ocho años y marchar en seguida contra Roma.

A pesar de la misión que el rey Jerónimo le había confiado, M. de Stœlting comprendió al punto que por nada de este mundo se conseguiría que los príncipes abandonaran la causa que acababan de abrazar con tanto ardor, y desde Terni escribió á la reina Hortensia: «He debido convencerme de que no podían ejecutarse las órdenes que he recibido, de que los príncipes no podían retroceder y de que la idea de hacerlo les repugna á causa de la misión generosa que se creen llamados á desempeñar. Esta misión es la de mediadores, de conciliadores, de guardadores de la religión y del orden.» M. de Stœlting regresó á Roma portador de una carta en la que el príncipe Napoleón sometía á la aprobación del papa, en términos respetuosos, los deseos de la juventud de las Romanías.

La diplomacia europea no dejaba de estar alarmada con la presencia de los príncipes en las filas del reducido ejército constitucional. El representante de Francia en Roma escribía á su gobierno el 26 de febrero: «Dícese que los dos hijos del duque de Saint Leu (con este título se designaba al ex rey de Holanda) están á la cabeza de los insurrectos en Spoleto. Mme. de Saint Leu ha salido de Roma hace ocho días previendo esta determinación. Ha afectado dolorosamente al Papa la conducta de esos jóvenes cuando precisamente esperaba que el recuerdo de la hospitalidad recibida en sus Estados no les haría incurrir en ella.» Y el 27 de febrero: «El secretario de Estado me ha confirmado la presencia de los hijos de Luis Bonaparte en las avanzadas de los insurrectos cerca de Civita-Castellana, añadiendo que esta traición ha avivado la exasperación contra los franceses, que se había calmado algo.» La reina Hortensia tuvo al propio tiempo conocimiento de la carta de un diplomático en la que se decía: «Si cayeran prisioneros esos jóvenes que siguen creyéndose príncipes imperiales, pronto se convencerían de lo que son en realidad por el modo como se les trataría.»

Los dos príncipes, tan confiados, tan contentos al comenzar la empresa, no tardaron en experimentar crueles decepciones. Los sublevados, amenazados con la llegada de un ejército austriaco, sólo conservaban esperanza en Francia, que, según ellos, opondría al Austria el principio de no intervención. Su jefe, el general Armandi, creyó que la presencia de los dos Bonaparte disgustaría al rey Luis Felipe é impediría que su gobierno obrara en favor de la causa italiana. Cuando los príncipes recibieron de sus compañeros de armas la orden de retirarse á Ancona, su sorpresa y su indignación fueron grandes. Luis Napoleón escribió á

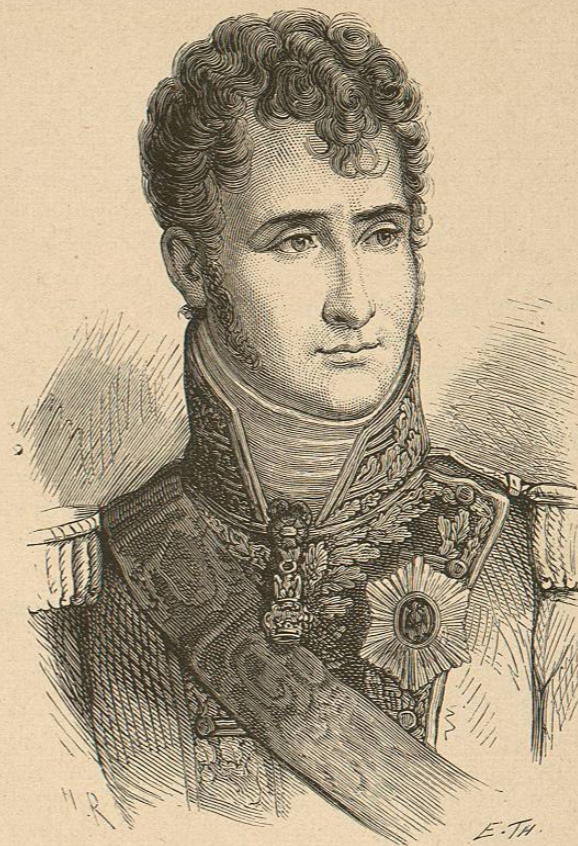
su madre el 1.º de marzo: «Confieso que no lo entiendo. Debéis saber lo que somos, lo que valemos.... Acabamos de recibir la orden de regresar á Ancona, y se dice que esta orden ha partido de Florencia. Es decir, que nos quieren hacer pasar por cobardes.... Pase que no nos envíen dinero, pues sabremos prescindir de él; comeremos rancho, y en lugar de ser voluntarios, estaremos á las órdenes de cualquier advenedizo.... Hemos hecho lo que debíamos y jamás retrocederemos.» Y el 5 de marzo: «Han podido tanto las intrigas de papá y de mi tío Jerónimo, que al fin hemos tenido que separarnos del ejército. Quien tiene la culpa es Armandi, que ha dado crédito á las aseveraciones de nuestros parientes diciéndole que si continuábamos con el ejército malograríamos el sistema de no intervención.» El príncipe Napoleón agregó las siguientes líneas á esta carta de su hermano: «Tened la bondad de decir á papá que, si nos obliga á salir de este país, no lo haremos sino para marchar á Polonia.»

La angustia de la reina Hortensia había llegado al colmo. El rey Jerónimo y el cardenal Fesch enviaban á decir desde Roma que si los príncipes llegaban á caer en poder de los austriacos estaban perdidos. ¡Perdidos! Esta palabra sobresaltó á la pobre madre. Según lo ha referido en sus Memorias, pensaba: «El ejército austriaco va á entrar. Esos pobres italianos, sin armas, serán derrotados, y yo debo acudir al campo de batalla para salvar á unos vencidos á quienes tanto quiero.» Entonces estaba á punto de dejarse llevar de la desesperación y se hincó de rodillas exclamando: «¡Oh Dios mío! Haz que vuelvan con vida: no te pido más.»

Los príncipes obedecieron, llenos de dolor, y después de dejar su mando, marcharon á Ancona, desde donde pasaron á Bolonia queriendo aún servir como voluntarios. Su madre corrió en su busca con la esperanza de librarlos de los austriacos que avanzaban, y sustraerlos á la prisión y quizás al suplicio. Partió de Florencia el 10 de marzo después de proporcionarse un pasaporte á nombre de una señora inglesa que iba con sus dos hijos á Londres pasando por Francia. Aquel mismo día los austriacos debían entrar en el territorio pontificio. La reina Hortensia no tenía momento que perder si quería salvar á sus dos hijos.

La infortunada madre emprende tan doloroso viaje. «¿Cómo voy á encontrar á mis hijos?, pensaba. ¡Heridos tal vez! ¡Ah! Me resigno á que lo esté uno; le acostaré en este carruaje, podré cuidarlo, y bendeciré á Dios!...» Pero cuando su pensamiento va más allá, la sobrecoje un frío mortal, se confunden sus ideas, y presiente que va á perder el uso de sus facultades y de su valor. Llega á Perugia, cuyos habitantes están todavía llenos de ilusiones, creyendo que Francia se opondrá á la intervención austriaca. La reina prosigue su camino, y al llegar á la primera posta después de Foligno, encuentra un carruaje, del cual se apea un hombre que le dice: «El príncipe Napoleón está enfermo de sarampión, y os llama.» La pobre madre se estremece al oír las palabras «Os llama.» «Debe estar muy enfermo,» piensa, y luego añade: «No, no es posible; he sido ya muy desgraciada. Dios es justo. ¡Esto sería demasiado! No, no morirá; lo tendré otra

vez á mi lado!» La fisonomía de cuantos la rodean le anuncia una catástrofe. En cada posta oye á la gente decir: «¡Napoleón ha muerto! ¡Napoleón ha muerto!» Y sin embargo, aún pone en duda su desgracia. Entra en Pésaro y la llevan casi



El rey Jerónimo Bonaparte, tío paterno de Napoleón III

inanimada á un lecho. Su segundo hijo se presenta, se echa en sus brazos, y rompiendo en llanto exclama: «He perdido á mi hermano, he perdido á mi mejor amigo. A no ser por vos habría muerto de dolor sobre su cuerpo, del que no quería separarme.»

El príncipe Napoleón, atacado de sarampión, falleció el 17 de marzo en Forli. La ciudad entera asistió á su entierro é hizo unánimes demostraciones de sentimiento. Al día siguiente caía en poder del ejército austriaco.

A la reina Hortensia no le queda más que un hijo: para salvarlo va á hacer milagros.